

CONTESTACION DEL DR. ASDRUBAL BAPTISTA AL DISCURSO DE INCORPORACION A LA ACADEMIA DE CIENCIAS ECONOMICAS.

18/11/2009

I

Muy digno Profesor Del Bufalo. Y permítame añadir dilecto Enzo.

Estas líneas las había imaginado muchas veces y pergeñado otras tantas, sin llegar a escribirlas. Pero la ocasión, al fin, se me ha hecho propicia para hacerlo. La Academia Nacional de Ciencias Económicas salda una vieja acreencia con usted. Su ejemplar vida intelectual, que con tanta galanura exhibe, y si es que le hiciera alguna falta, se la reconoce públicamente esta mañana de gratos encuentros. La vida suya esta presidida por algo sobresaliente en su conducta profesoral. Ello debe con justicia ponderarse. Su necesidad de explicar los argumentos que elabora y comparte, hasta los últimos detalles, o de dar cuenta de los principios sobre los cuales aquellos se afincan, no tiene mayores paralelos en nuestro ámbito. ¿Será menester acaso recordarnos que sobre tal tesitura descansa lo científico, en cuanto manera humana de ser?

2

Lo científico de la economía, como terreno especialísimo de la actividad de los hombres, ha sido y es el centro de sus afanes. Sabido es que la practica del diario vivir hace a cada quien familiarizarse con lo que trata la subsistencia material, pero esa familiaridad, y sin que pueda mediar desmedro alguno, sólo roza la elemental superficie. Lo suyo, Profesor Del Bufalo, es la ciencia de esa práctica, sus intrínquilis, sus resortes y sostenes más primordiales. Dicha familiaridad, en lo que lleva de intuitivo u originario, no requiere sino la convivencia más básica. La ciencia es otra cosa, querido Enzo, especialmente si se tienen en cuenta las severas exigencias que impone. La llamada objetividad de la cosa científica, tan ambigua al caracterizarla así, como sucede para todos quienes nacimos después de Kant, tiene en particular dos requerimientos. Usted ha adelantado serias reflexiones acerca de este complejo asunto de la relación sujeto-objeto, y el tema le es muy suyo. Pero siempre cabrá una palabra adicional. Permítame, pues, detenerme en el primero de los requerimientos aludidos, que por lo dicho pienso que le atañe de un modo especial.

3

La objetividad o científicidad se asocia con el contenido cuantitativo de lo postulado, y no importa por los momentos que expresarlo de este modo sea confuso u oscuro, por decir lo menos. El propio Kant hizo lo suyo propio en relación con esta exigencia. Su distinción entre los principios matemáticos y los dinámicos, con ocasión de su

elaboración de las analogías de la experiencia, y que conciernen a lo que el lenguaje refinado simplemente llama esencia y existencia, es de una importancia inmensa para este punto de mis comentarios. Lo cuantitativo puede entenderse tanto como la expresión en lenguaje matemático del pensamiento, o de otro modo dicho, como la matematización de la realidad, como la contraparte numérica de lo postulado en los conceptos y teorías vertidas.

4

Muchos libros suyos, a decir verdad, portan el lenguaje de la matemática como vehículo de expresión, y es por ello que la alusión a Kant no debe tomármela como aspaviento de erudición. Pero igualmente ninguno, o al menos los que he tenido en mis manos que quizás son todos, brinda a su lector evidencias numéricas. Ello es un rasgo muy suyo, me obligo a decirlo. Cualquiera demeritaría su tarea científica por esta carencia empírica. No me cuente entre ellos. A pesar de lo que pudiera decir mi propia práctica, donde el número tiene un sitio sobresaliente, creo que no se me escapan ni la distinción kantiana ni las enormes limitaciones del número como número, esto es, de su condición de expresión empírica. Permítame aprovechar la línea que sigue para agradecer aquí. La enseñanza perdurable de Carlos Domingo, científico de muy alto vuelo, que en algún momento temprano de la vida se propuso ponerme en la pista del genio de Hegel, en la inalcanzable altura de su límpido pensamiento, el estricto límite de lo matemático.

5

Regresando a la cuestión en escrutinio, usted ha escogido otra opción. En verdad y con mucho criterio, su camino es el del empleo del tribunal del pensamiento sobre la realidad como la instancia empírica por excelencia. En lugar del número, su escogencia antes bien es lo que se piensa y se dice o escribe en calidad de documentación científica. Es un interesante giro que permite preservar la necesaria objetividad sin apoyarse en el número y sus limitaciones. De allí que a usted haya de leérselo con la mirada fija en el pensamiento circundante, lo cual no deja de hacer todavía más complejo el asunto todo, pero esa complejidad, y como no decírselo, proporciona al mismo tiempo una solidez a su juicio que es digna del mayor mérito. Con todo, el solo pensamiento pudiera no bastar, si la dimensión temporal para el juicio científico no es la apropiada. Vuelvo a Hegel y a la hermosa imagen que emplea del búho de Minerva levantando su vuelo hacia el atardecer. El pensamiento bueno, el de verdad quiero decir, el que se funde en una suerte de matrimonio sagrado con la realidad más viva, adviene cuando ya el curso del día ha hecho crepúsculo. El gran pensamiento sigue la realidad, no le es dado antecederla. Qué hacer entonces en el ínterin? ¿Ya no es ese ínterin el que a los economistas profesionales interesa sobremanera?

6

En ese lapso más breve el número es muy apto para dar una idea del decurso de lo económico. De allí ese rico universo empírico de las cuentas nacionales, que rectamente entendido no es menos pensamiento que ese del cual usted hace una inmejorable gala. Y así se podría llegar, casi en el extremo, a lo más cotidiano, que es la prensa del día. De muy variopinta calidad, bien se sabe, no deja de ser ilustrativa, y aun sin descontar sus irremediables sesgos. De nuevo volteo hacia Hegel, quien además de ser quien fue es también un genuino maestro de la gran ciencia social. Una carta suya, de 1816, hace ver

su inveterada vocación por la prensa diaria, «para así sopesar como va el mundo», según son sus palabras.

-II-

Pero antes le había hablado de dos requerimientos. Vengo así al segundo.

7

En el origen del tema no puedo dejar de nombrar ese otro monumento del pensamiento social que fue Max Weber. Para grave desmedro de la ciencia que profesamos, no lo sentimos uno de los nuestros. Torno muy a propósito una historia del pensamiento económico escrita por un profesor canadiense y a la que subintituló, no sin su pretensión, La herencia de la Economía Política. No hay sorpresa, amigo Enzo. El autor no halló en sus tantas páginas una sola línea donde colocar a Max Weber. Y sin embargo, el tema del cual quiero hablarle es indisociable de su inmenso esfuerzo.

La objetividad del conocimiento de lo económico, que le permite clamar para si el carácter de científico, no descansa ni puede descansar en la ausencia de presupuestos o de preconcepciones para allegarse a la práctica por escrutar. Aquí, más que presupuestos cabría mejor el empleo del vocablo prejuicio, queriendo con él denotar un juicio previo y en tal respecto apresurado o no suficientemente meditado y ponderado, pero esta última expresión esta cargada de un sentido tan negativo de ofuscación, de arbitrariedad, de sesgo malicioso, que la hace inutilizable.

8

El criterio de Weber, pues, se resume en una suerte de severa admonición para quienes aspiran a la vida científica: "No hay mayor desacierto que imaginar un pensamiento científico sin preconcepciones". O como me gustaría decirlo, apoyándome en un filósofo mayor de nuestro tiempo: "la idea de no tener preconcepciones es el mayor de los prejuicios". Pero esto, no me cabe duda, tiene el tufillo del lugar común, y a usted con seguridad no habrá de escapársele tal sensación. Lo verdaderamente interesante, sin embargo, radica en un nivel distinto. Y es aquí en verdad, donde se las juega la educación del espíritu científico: «No pretender ser libre de preconcepciones, que pasa por ser una utopía insulsa. Sino ser genuinamente libre para cederlas en el momento decisivo cuando se da el encuentro critico con la realidad misma».

9

Esto ultimo, querido amigo Enzo, lo pienso con mucha reiteración, y he llegado a verla como inseparable del carácter publico de la tarea científica. La realidad misma que me atrae e impulsa científicamente, quiero expresarle, es también el fruto de la discusión abierta del pensamiento. La libertad para abandonar un prejuicio hondamente enraizado en nuestras visiones y actitudes es, par consiguiente, indisociable de la libertad para debatir, para polemizar, para plantear sin restricciones las creencias, hallazgos, concepciones, teorías o como se las quiera llamar. Aquí se plantan dificultades muy grandes. Una de ellas creo que a usted lo toca de modo muy particular. Lo publico de la tarea científica, ¿no lo cree usted así?, no es lo mismo que la publicidad a la que ve obligada cierta actividad de pensar. Esto ultimo, y sin que ello tenga porque siempre ser un demérito, forma parte en muchos casos de cierto jolgorio vanidoso terriblemente

seductor. ¿Qué se sigue de ello? ¿Acaso justipreciar el carácter de un pensamiento por el centimetraje que ocupa en los periódicos o revistas del día? ¿O por los minutos de visibilidad mediática que le sirven de adorno? Aquí lo reflejó a usted como a muy pocos.

10

En algún momento de los años pasados, o para ser más preciso, el año 1994, le tocó ejercer un cargo gubernamental de altísima responsabilidad. En las ya prolongadas décadas de la Venezuela contemporánea, las credenciales ideales que dicho cargo demandaba, muy pocas veces estuvieron más cerca de ser cabalmente satisfechas, como en su caso. Sus ojos habían visto con alguna anticipación el mayúsculo desarreglo institucional que sacudiría al país en los años que se movían apresurados hacia el cambio de siglo, y que signarían el derrumbe del orden (o desorden) establecido. Su ciencia toda se materializó en una idea sola, acaso obsesiva. La ausencia de vínculos institucionales entre las fuerzas sociales contendientes, hacía vana la idea de confiar en la conjunción de los intereses en juego por la simple vía de iniciativas espontáneas o individuales. Era menester irrumpir sobre lo establecido desde afuera, por así hablar, para no sin cierta tensión política concitar un esfuerzo colectivo. Su tesis era del todo pertinente, en el contenido, en la forma y en el sentido de oportunidad.

11

Un día infausto el país perdió una opción, la ofrecida por usted, la de su lúcida idea. Mil y uno demonios sueltos habían hecho a cabalidad su tarea. La mala política, la del conciliábulo, la del juego artero, la del cálculo en la ventaja grupal de circunstancias, se llevó la partida. Nunca fue más pírrica una ganancia, querido amigo. Estos oídos míos escucharon entonces unas frases que ahora puedo repetir porque la ocasión es propicia. No se las tome como historia, porque esa no es la recta historia, sino más bien como una anécdota ricamente decidora. "La tesis del Ministro Del Búfalo es valiosa, pero el no ha sido capaz de venderla". En suma, las interminables discusiones de la época en torno a lo que usted llamaba "mesa de acuerdos", que habían sido enteramente públicas, no habían hecho su labor de publicitarla suficientemente. Alguna vez le escuche a Joan Robinson decir que si Kalecki hubiera escrito en inglés y no en polaco, su contribución científica habría sido históricamente más apreciada que la de Keynes, respecto de la cual era, su criterio de ella por delante, muy superior. Cambio apenas unos nombres, trastoco en algo la idea central, y este relato lo tiene a usted de protagonista.

12

Hay algo aquí conexo, sin embargo, y lo es con tal significación como para merecer un comentario. La polémica como polémica presupone una especial disposición de ánimo, y cuidado si más, una educada tesitura para quienes participan en ella. Al asociarla con la publicidad, y al ser esta última vehículo insuperable de la visibilidad vanidosa, a lo que debe agregarse la siniestra identificación que el presente reconoce como cierta entre solidez del pensamiento y el éxito aparente de sus predicas, se fabrica un talante que puede llegar a ser en extrema pernicioso. ¿Qué pasa por mi mente, admirado Profesor Del Bufalo? Apelo una vez más a la reflexión de otro gran pensador contemporáneo. En una entrada de su diario escribió él esta extraordinaria frase: "En estos asuntos gana quien llega de último". Esos asuntos, ni más ni menos, versan sobre la polémica científica. Esta frase, leída como lo que es: un muy inteligente y a propósito destructivo juego de palabras, revela que el verdadero papel del polemizar no puede ser otro que

ayudar a aclarar en algo el pensamiento, a revelar los movimientos de la huidiza verdad, mas nunca, nunca jamás, el de torcer o manipular razones, o el de declarar victoriosos y perdedores.

13

Así es como entiendo, amigo Enzo, la exigencia de la buena fe en los pares científicos, en los lectores genuinamente concernidos. De joven leí una frase en la abundante correspondencia epistolar de Keynes, expresión de su reacción frente a la recensión escrita por Von Hayek de su *Tratado del Dinero*, que no pude olvidar nunca: "Hayek no me ha leído con esa dosis de buena voluntad que el autor espera de un lector" (XIII, 243).

Y más recientemente, en media del copioso cruce de cartas entre Jaspers y Ana Arendt, hallé una continua referencia de ambos, y en particular del primero, a la manera de ser de Heidegger, a quien ambos trataron y conocieron muy bien. Jaspers, aludiéndolo, llega a formularse en un anexo a su Autobiografía, que sólo se publicó póstumamente, una pregunta tremenda. No sin arrojo cambia en ella la palabra filosofía por la de ciencia, para evitar equívocos: «¿puede haber ciencia, que es la verdad en cuanto labor, mientras su función no es la verdad que nutre la existencia cotidiana, del pensador?» Ello, amigo Enzo, me causa una profunda desazón, más allá de que la obra de Heidegger sea insustituible para entender el desarrollo histórico de Occidente. ¿Será acaso que el pensar para que sea recto y atinado, además de las conocidas exigencias de las que precisa en los usuales términos de consistencia, claridad de expresión, comunicabilidad, adecuación a los objetos, debe acompañarse de una cierta conducta "moral" por parte de quien piensa?

14

Este es un tema abracadabrante, dilecto amigo, que, se lo reitero, me desconcierta. El mundo en el que vivimos rechaza esta suerte de condicionamientos, por supuesto, lo cual hace del tema en comentario aún algo más perturbador. En fin, quizás todo lo anterior es más que suficiente como antesala para lo que la oportunidad en verdad me impone.

-III-

Usted trajo al seno de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, que con tan sentido beneplácito lo recibe, una disertación muy compleja. Fue su propósito ofrecernos, en unas pocas paginas, una idea del desarrollo histórico de la teoría económica, pero también, y nunca como un mero adosamiento, porque ello es expresión de su método de indagación, del desarrollo de la historia económica. Este propósito es guiado, a su vez, por una interrogante mayor que entonces sirve para presidir su tarea. Lo cito para colocar en perspectiva esa tesis mayor. «¿Cuál es la causa de la inestabilidad de la economía moderna?», dice usted. Y su pregunta continua, «¿se trata de una causa exógena al sistema que, tomado en sí mismo es intrínsecamente estable, o por el contrario, la inestabilidad tiene sus raíces en su modo de funcionar, es decir que tiene un origen exógeno?»

15

Su misma manera de formular esta pregunta-guía, déjeme llamarla así, abre ya un espacio para la justa polémica. Tomo así la palabra «sistema». En el contexto que se usa da pie para extraer dos significados, entre sí del todo diferentes. El primero, claramente dirigido a nombrar el conjunto "sistémico" de ecuaciones que pintan la realidad. El segundo, antes bien, orientado a captar el conjunto "sistémico" de relaciones que la realidad exhibe o parece exhibir. Su método de indagación es demasiado inteligente y elaborado para enredarse, en el mismo punto de inicio, con esta cuestión tan decisiva y de la cual sólo puede dar cuenta el curso de la exposición. Pero hay allí, profesor Del Bufalo, una asechanza idealista que me veo obligado a indicar. Creo leer dos caminos argumentales para abordar su cuestión-guía. El cruce de ambos, por lo demás, es un genuino reto para el entendimiento científico. Pospongo la consideración del primero para un momento posterior, y vengo al segundo donde, con la buena coloquialidad de nuestra lengua, "hay excelente tela para cortar".

16

¿Qué representa el sistema original de ecuaciones de Walras, refinado y vuelto a refinar *ad nauseam* por logros científicos que sería injusto no calificar como de exquisita confección - pienso muy en lo particular en celebrada la tesis doctoral de Gerard Debreu, que he intentado leer, amigo Enzo, unas treinta y dos mil veces a lo largo de la vida - ? La respuesta que usted ofrece es la precisa: «una economía de trueque, con el dinero postulado como una simple unidad de cuenta» (20).

En este sistema, como se lo define, no hay espacio conceptual para genuinamente captar desequilibrios, y si este espacio se añadiera de algún modo, sólo sería para asegurar que cualquier desbalance de por sí se resuelve. ¿Inestabilidades? Las que median entre desbalance y la vuelta al balance. Pero me equivoco al así hablar, y quizás es la cortedad del lenguaje mismo. Este sistema no puede captar el complejo movimiento del desequilibrio por la elemental razón, y déjeme ver si logro expresarlo bien: porque no está en el tiempo, en el tiempo propio de lo humano, en el tiempo llámeselo histórico. No hay tiempo allí, querido Enzo, porque fechar las ecuaciones, como alguien llevo a sugerir pensando en que ello bastaría para temporalizar el sistema, casi que mueve a risa, tal es la incompreensión que ello revela. De nuevo, y con las insuperables dificultades del lenguaje, es asunto cierto que el número 1 va antes del número 3 en la serie aritmética, y el siete luego del 5, mas ¿Podríamos saltar a decir que el 1 es más temprano, o que el 7 es tardío?

17

Pero hay algo más, que cuidado y si va todavía más al fondo de las cosas. (¿Es una economía de trueque, en sus propias condiciones históricas, necesariamente estable? Admitiéndose, como ha de ser, que el trueque supone algo que trocar, ¿qué sentido otorgar a la celeberrima historia de las vacas gordas y las vacas flacas, de la que tanto hay que desprender? ¿O a las pavorosas experiencias de hambrunas, en la India y la China en décadas no remotas? Usted, con su atinado criterio, concede a Keynes lo que es de elemental juicio conceder: haber roto el cepo que significaba el llamado pensamiento neo-clásico. O como prefiero decirlo, haber allegado algo más el pensamiento científico a la realidad. Y aquí viene una apostilla. En la argumentación que usted ofrece, echo de menos algo que con seguridad está en su espíritu, pero me

falta la letra. A mi se me enseñó a leer la Teoría General tomando como punto de partida el capítulo doce, y más en lo particular, su sección séptima. Y añadía la maestra que guaiaba, que no debía olvidarse jamás que Keynes fue el autor del primer gran tratado contemporáneo sobre la probabilidad.

18

Ese punto de partida, pues, hace insoslayable arrancar el análisis de lo económico desde el tiempo, e insisto, no del tiempo de la naturaleza o matemático o aristotélico, sino desde el tiempo histórico. Cualquiera diría que ello porta consigo la pérdida de exactitud. Mi inmediata réplica sería, querido Enzo, pero también la ganancia en rigor. Y doy un paso más, más allá de Keynes si se me permite el arrojo. No hay nada que se asemeje a un solo tiempo histórico. Una línea de Althusser, tan maltratado por demás aunque en más de una ocasión con buena razón, me puso tras la huella de la lucida idea de Marx acerca de la multiplicidad de los tiempos que hacen la práctica humana. Así he terminado por imaginar un gozne, que me atrae sobremanera, entre Marx y Heidegger, con ocasión de buscar entender de qué trata lo económico, en cuanto saber científico.

19

Pero no quiero distraerme más, y pasar a hacer el comentario. El dinero es una manifestación incomparable de los tiempos presentes. Más aún, lo es el crédito. Ello es inequívoca expresión de como ve la humanidad contemporánea el tiempo, de como se adentra en el futuro. El gran Aristóteles, que lo vio todo como si encarnara una suerte de inmenso ojo universal, no pudo dejar pasar inadvertido tal rasgo del dinero. Pero no estoy pensando de forma alguna en la manida admonición que acompaña el consejo de que *time is money*. No, dilecto Enzo. Cita usted, y con el tino del caso (46), el artículo de Keynes de febrero de 1937, donde él se permite aclarar muchos puntos de su libro de un año antes. Comparto del todo la convicción de que en esas páginas Keynes expresa su pensamiento con entera lucidez y concisión.

20

Cita usted, le decía, un párrafo de la página 115 del referido artículo. Qué lastima, sin embargo, que no se detuvo dos páginas antes. O que pasó por sobre ellas. No albergo dudas de que de considerarlas meditativamente, su texto quizás habría ido aun más al fondo del asunto, quiero decir, tendría una dosis adicional de rigor aunque su lenguaje formal hubiera tenido que sufrir algún menoscabo. Todo radica en la identificación del carácter del «conocimiento incierto», y acoto yo, del típicamente económico, para el cual, con ostensible énfasis escribe Keynes, «no existen bases científicas que sostengan ningún cálculo probabilístico». Me permito agregar algo, para su mejor uso. El artículo de 1937 lo compendia Keynes en una carta que escribe a Hugh Townsend en diciembre de 1938. Me tomo la libertad de sugerir que la lea, si es que ya no lo ha hecho antes, porque ya a esas alturas había decantado muchas de las críticas que le fueron dirigidas.

21

En suma, respetado Profesor Del Bufalo, es de Keynes el logro, y por ello me detengo en él sin aludir a otros, de haber identificado la naturaleza del tiempo capitalista vista desde la mirada teleológica del llamado "agente económico". El dinero identifica ese tiempo, para que no se piense que hablo de alguna entidad metafísica volandera. El dinero define el futuro, o cuando menos lo prefigura de alguna manera. Y me atrevo a decirlo de otro modo, es el medio que nos permite adentrarnos en el terreno de lo por

venir. Visto así, los arreglos sociales que tenemos ante nuestros ojos, y que de un tiempo para acá abarcan hasta donde alcanzan los confines planetarios, llevan en su interior cualquier cosa segura menos la supuesta estabilidad de su funcionamiento.

22

-IV-

El segundo camino argumental no es menos importante. Le confieso sin reparos que en cierto sentido me es más afín. De allí mi modesto afán en hacer de él junto con el anterior una suerte de unidad explicativa. La imperdonable ligereza de la ciencia de lo económico, y la Economía Política no se escapa de esta increpación - pienso muy en especial en Ricardo-, radica en no haber reconocido la especificidad del contrato de compraventa de la mercancía fuerza de trabajo. Hablando de la manera usual: si usted cuenta las variables por determinar y el número de ecuaciones es el adecuado, pues usted está muy cerca de la presunta verdad científica. Pero, ¿y qué hacer si una de esas ecuaciones refiere el contrato de trabajo? ¿Se la añade al resto para completar el número adecuado? ¿Y bien, puede en efecto añadirse, aun expresada en lenguaje matemático? Es decir, ¿esa ecuación y, la de cualquiera de los otros $n-2$ objetos del comercio, son entre sí conmensurables?

23

Para hablar en términos contemporáneos, permítame una alusión personal. Hicks publicó un librito en 1975. Recuerdo bien una discusión sumamente áspera que se suscitó en torno a sus páginas en un seminario de su propio Colegio de Oxford, en 1977. Huelga decirle, yo era algo menos que un simple observador. En un punto de su trama argumental establecía Hicks algo, para escarnio de unos pocos. Al contrato de trabajo, ese era su reclamo, se imponía agregar una característica adicional, por demás nada banal. «Las partes», así hubo de escribir, «deben sentir que el acuerdo es justo». De tal especificidad desprendía el toda una tesis para dar cuenta de los mecanismos inflacionarios. Y diría yo, por mi lado, la distancia entre esta postulación y la compleja pero riquísima dialéctica de las relaciones del capital es apenas un atreverse, habiéndose despojado previamente de algún fardo, de esos que saben obnubilar.

24

Su tesis se engalana, profesor Del Bufalo, al hacer buen uso de esta vertiente argumental. Ya habrá más de una oportunidad de darle vueltas a sus intrínquilis. Porque a decir verdad he consumido más tiempo de su atención del que hubiera deseado.

25

-V-

Quiso la Academia, y las circunstancias también hicieron su trabajo, que fuera el sillón asignado en los orígenes a Felipe Pazos el que usted hubiera de ocupar. La exégesis que ha hecho de su personalidad, de su obra y procederes, debo tomarla como una referencia para todo tiempo por venir. Voy a detenerme apenas un instante en algo que no puedo dejar pasar inadvertido.

De una cierta madera estamos hechos los hombres de estas tierras, de un especial talante se nos ha investido, para padecer de una radical incapacidad de reconocer a otros. No, hay meritos suficientes que otro haya de poseer que baste ante nuestros ojos, ni hay insignificancia que more en nosotros, que no justifique cualquier desmesura de nuestra parte. Don Antonio Machado legó un verso tremendo, cuajado váyase a saber en el medio de qué vendaval de su existencia. Sus líneas precisan un lado muy oscuro de la condición hispánica que de algún modo heredamos, y que nos incendia y nos demuele.

**Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
Guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;**

(Caracas 18 de noviembre de 2009)